

Perros vagabundos.

Alan Torino

Image not found.

Capítulo 1

PERROS VAGABUNDOS

Alan T.

—¿Papá, por qué duerme en un banco ese señor? — preguntó el niño.

Lo había escuchado por casualidad, como un susurro. Apenas despertaba y se sentía un poco aturdido, tenía la boca seca, le dolía la cabeza y sentía unas nauseas horrendas que le revolvían el estómago. Naturalmente ya estaba acostumbrado a estas condiciones. Se había vuelto más resistente al alcohol, si, pero las resacas seguían siendo una cualidad que no perdía.

—Es que no estudió.—le respondió el padre en un tono despectivo.—Y también tú terminarás así por no haces los deberes.

Para cuando pudo abrir los ojos los veía marcharse calle arriba. Se sentó en el banco en cámara lenta, se llevó una mano a la cabeza, refregándose los ojos para despertar. Estaba pegajoso y húmedo.

Hacia ya una semana de la última ducha que se había dado, y no tenía prisa de otra por lo pronto. Buscó la botella con la que se había dormido la noche anterior. La encontró debajo del banco, la levantó y miró en su interior. Juraba que había dejado un poco para la mañana siguiente.

La plaza estaba poco transitada esa mañana. Estaba nublado totalmente y la lluvia llamaba a la puerta. No tenía idea de que hora sería, creyó que no pasaría de mediodía. Si se apuraba, aún podía abastecerse en la terminal del subte.

Agarró su fardo de pertenencias, entiéndase por pertenencias una sombra de lo que una vez fue una manta, un abrigo lleno de agujeros, unos diarios viejos, un soldado de juguete hecho de madera, y la pieza más preciada del viejo, la armónica de su padre, su instrumento de trabajo. También metió la botella en la mochila y se puso en marcha. Cojeaba, pero caminaba a paso ligero. Sabía que la estación más cercana era frecuentada por otros inquilinos de la calle. Cuando dobló en la última esquina y ya sólo le quedaban unos trescientos metros de línea recta se encontró con la acera repleta de gente, pero ni se inmutó, solo siguió su trayecto, a sabiendas de que su condición, de rey como a él le gustaba

decir, provocaba que los infortunados transeúntes que se le cruzaran se apartasen para dejarlo pasar. Y es que la facha que llevaba no era muy decorosa, por no decir mediocre. Vestía un viejo saco gris lleno de manchas violáceas, sus pantalones vaqueros, azules pero ya casi blancos por el desgaste y unos zapatos verdes, que además de quedarle grandes, dejaban ver la punta de sus dedos.

La fragancia que despedía tampoco ayudaba mucho, aunque bueno, a él sí lo ayudaba a pasar más ligero entre las masas de gentes. Hizo las últimas cuabras en tiempo récord, eso sí, las escaleras las bajó como pudo, aferrado a la barra de apoyo. Fue directo al tacho de basura de la entrada, era el que juntaba los mejores manjares.

Ese día tuvo suerte, encontró media hamburguesa, dos bizcochos casi enteros y un poco de gaseosa en una botella de medio litro. Estaba caliente, pero con su sabor dulce se hacía desear. Metió todo en la mochila y salió rápido de allí. A los guardias no le gustan los hurgadores, y en sus cincuenta y tantos años había aprendido unas cuantas cosas en la calle. Una de las reglas más importantes era no buscarse problemas con las fuerzas de la ley y el orden, aunque no había visto mucho orden realmente.

Tenía mucha hambre así que decidió no caminar demasiado para devorar el festín que se había procurado. Cruzó la acera y allí mismo, sentado en un cantero con un árbol que le daba la sombra suficiente. Se puso a degustar sus delicias con paladar experto, aunque no le duró ni tres minutos todo. Se estaba raspando los dientes con la lengua cuando observó un perro vagabundo que se acercaba a unos veinte metros a paso lento.

De pronto vio que en una ventana casi frente a él, un muchacho joven de unos veinte años, se asomaba con un balde de agua en las manos esperando a que el perro llegara hasta allí. Supo cuáles eran sus intenciones inmediatamente.

—¡Eh! Hijo de puta, ¿que haces?—gritó amenazador.

El muchacho volteó con cara de susto, pero al verlo se le fue casi de inmediato y ésta cambió a una sonriente, pero no era una dulce sonrisa, sino una de tiburón.

Cuando el perro llegó hasta el lugar le soltó medio balde de agua encima. El pobre perro salió chillando de allí, con la cola entre las patas. El viejo lo vio marcharse con pena, se viéndose a sí mismo en aquel pobre perro de la calle. Entonces miró al joven en la ventana que se desternillaba de la risa.

—Pedazo de mierda, ¿por qué no bajas de ahí así te parto la cabeza?— le gritó, con la esperanza de que no bajara realmente.

—¿Qué pasa viejo? Me parece que tú también necesitas un baño. —dijo el joven mientras reía y vaciaba el resto del balde sobre él.

El agua estaba helada y lo empapó completamente. Al parecer el balde era más grande lo que esperaba. Se quedó parado unos segundos con la cabeza gacha, no podía creer que realmente existieran jóvenes tan crueles.

Levantó la cabeza pero ya estaba cerrando la ventana, aunque aún lo podía escuchar reír a carcajadas. Sabía que era inútil golpear la puerta y exigir justicia, no había justicia en el mundo para gente como él y el pobre animal, perros vagabundos.

El día había comenzado muy bien, pero lo que había sido una diversión para uno, había sido la razón de una nueva tristeza. Tomó sus cosas y comenzó a caminar lentamente en la dirección en que se había marchado el perro. Lo vio perderse en la esquina, y empezó a caminar con el paso apurado para no perderlo. Cuando llegó allí lo vio adentrarse en un callejón que quedaba a mitad de cuadra. El suelo estaba encharcado y la cima de los dos grandes edificios que lo encerraban formaban un especie de tejado sobre su cabeza, por la proximidad de estos dos. Apenas había luz, pero lo podía escuchar.

El pobre perro estaba acurrucado al fondo, entre cajas húmedas y diarios viejos. No dejaba de verse a sí mismo, en sus primeros días de miseria callejera, al contemplarlo con pena. Aunque no dudaba que aquel perro, de color amarillento, orejas caídas y pelo rapado, se hubiese criado desde cachorro entre callejuelas y postes. Se agachó y empezó a dirigirse hacia él, lentamente con una mano delante para mostrarle que él venía en son de paz.

El perro lo miraba con recelo, se había llevado un buen susto y la costumbre era no confiar en los hombres. El viejo sacó entonces un trozo de pan, duro obviamente, pero apetecible para quien no hubiese probado bocado en días. Se lo tendió con una mano, mientras con la otra intentaba acariciar la cabeza. Al principio se negó, pero cuando adivinó las intenciones del viejo se dejó domesticar.

—Eso es amigo, ven. Buen chico, vamos ten. —le decía el viejo.

El perro se metió el trozo de pan a la boca de tan solo un bocado, y lo engulló con la misma facilidad y rapidez. Entonces su cola empezó a agitarse, el gesto se hizo entender por sí mismo.

—¿Cómo te llamas compañero? No pareces muy viejo eh —dijo sonriendo.

—Vamos, en cualquier momento el cielo se precipita y nos vamos a llevar un remojó aún peor.—le dijo riendo, y se dirigió a la salida del callejón.

El perro se había quedado allí parado, pero el viejo siguió caminando, sabía que tenía que dejarle a él decidir si quería acompañarlo. Entonces el viejo llegó a la esquina y no había rastro del canino. Se puso un poco triste pero sabía que no podía obligarlo a ir con él. Siguió caminando, lentamente hacia su refugio, cuando de pronto sintió que algo áspero y húmedo, le lamia los dedos de la mano. Bajó la mirada y su nuevo fiel amigo lo miraba, agitando sin cesar su cola.

El cielo se estremeció, las nubes se rompieron y los dos se perdieron bajo la lluvia, camino al puente viejo de la ciudad.

Capítulo 2

Aquellas ruinas, ya en desuso, eran la fortaleza preferida del viejo en los días de lluvia. Aunque le faltaban algunos tablones al puente, hacia un buen refugio del agua, además del resguardo contra el viento que le brindaba el rincón donde se acurrucaba.

La única molestia era el tren que pasaba por allí debajo, aunque hubiesen dejado de usar el puente, las vías no las iban a cambiar de lugar, pero aquello era una molestia mínima comparada con las ventajas que le brindaban su puente, como le gustaba decir.

Tenía algunas cajas acumuladas en forma de colchón, y con su manta vieja podía dormir muy cómodo y a gusto, dentro de lo posible, pero aquello parecía una verdadera suite presidencial. Aunque el perro dudó un poco antes de entrar allí abajo, primero olfateó bien el lugar y luego, como corresponde, marcó su nuevo territorio. Siguió al viejo hasta donde ya estaba armando su cama, y se acurrucaron allí los dos para tomar una merecida siesta, a merced de la melodía natural más aclamada por poetas, músicos y ranas.

Cuando despertaron ya la noche se había apoderado del panorama, y aquello parecía una verdadera boca de lobo.

—Bueno amiguito, hoy es viernes, bueno eso creo, no sabría decirte pero, si sé que hoy hay movimiento nocturno, ¿y sabes que significa eso? ¡Que hay buena oportunidad laboral!—exclamó el viejo con emoción.

El perro lo miraba, aunque no le entendiera nada de lo que dijera, pareció ponerse feliz por los movimientos de su cola.

—Bien, andando, que si nos demoramos nos come la perrera—dijo y se levantó de un salto, guardó la manta, apiló los cartones nuevamente y les puso una piedra encima.

Cuando llegaron a la plaza principal, la preferida del vagabundo, las gentes ya estaba desfilando entre bares, restaurantes y discotecas. Se le iluminaron los ojos y se puso manos a la obra inmediatamente.

Se dirigió a la esquina más transitada, pero alguien ya le había robado el puesto, un muchacho joven, de unos treinta años. Estaba pidiendo limosna con una pequeña niña en sus brazos. Entonces dio la vuelta a la plaza, y ahora sí, encontraron la parada. El viejo se quitó la mochila y la abrió completamente, la colocó frente a él y sacó su vieja armónica, el único tesoro heredado de una dinastía perdida.

—Bueno viejo cachorro, ahora te enseñaré como se gana uno el pan—Y la vieja armónica comenzó a chirriar.

Al principio parecía que el viejo no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, se le escapaban notas y se quedaba sin aliento rápidamente; pero enseguida pareció encontrarle la vuelta a aquel pedazo de metal agujereado, tirando unas buenas melodías a las personas que pasaban, con cierta sobreactuación por cierto.

La gente parecía divertirse con el acto del viejo, y algunos se detenían a escucharlo un rato, luego tiran unas monedas y se iban, otros sólo tiraban las monedas al paso y otros ni siquiera le miraban. El perro escuchaba el espectáculo desde primera fila, con una oreja levantada observando con curiosidad a aquel vivaz personaje.

—¡Esta noche dio buenos frutos mi cuadrúpedo amigo! Mira cuánto hemos ganado eh—dijo el viejo rebosante de felicidad.

—Vamos, tenemos algo que hacer primero, ¡y luego nos vamos a dar un festín de aquellos!—continuó, con una sonrisa de oreja a oreja.

Entonces el par se adentró aquella noche en el barrio más pobre de la ciudad. El perro, siguiendo al viejo iba mirando para todos lados, con desconfianza.

—No te preocupes muchacho, aquí, yo soy como el mesías—le dijo guiñando con una leve sonrisa en su rostro.

Se metieron por unas callejuelas pequeñas y muy oscuras, había algunas personas en las puertas y ventanas que los veían pasar, pero aparte de eso, no había mucho movimiento allí. Los únicos sonidos que se podían escuchar eran de algún bebé llorando y televisores lejanos, sintonizados en las noticias de la noche. Doblaron una última vez, y el viejo se metió por una pequeña puerta abierta, a una casita tan pequeña que parecía salida de un cuento, con una forma un tanto extraña, como si sus paredes fueran curvas.

—Bueno amigo, te voy a presentar a alguien muy especial, quiero que seas muy cariñoso con ella, eh—le dijo el viejo, acariciándole la cabeza.

En el interior, se veía una cama y una pequeña garrafa con una cacerola encima, una cortina al fondo parecía separar de la pieza un diminuto baño, y en un rincón, como al acecho esperando en las sombras a la luz de una vela casi extinta, se dibujaba la silueta de una persona en una silla.

Estaba muy arrugada, casi no tenía pelo y estaba cubierta de trapos que parecían ropa. El viejo se adelantó y se le acercó, con su sombrero de

galán en la mano, se agachó y le besó la mano.

—Hola mamá, ¿cómo estás? Vine a traerte algo y presentarte a mi nuevo amigo—le dijo, pero no hubo respuesta.—Ven amigo, quiero que conozcas a mamá.

El perro se acercó y se quedó mirando a la vieja madre de su amigo viejo. La veía con incertidumbre, pensó que aquello era un muñeco gigante, no tenía ninguna forma de persona.

—No puede hablar, es sordomuda. Pero aún puede sentir, bueno eso creo.—le dijo el viejo con una sonrisa triste, intentando ocultar su dolor detrás de ésta.

El perro se le acercó a aquella antigüedad de carne y hueso y le lamió la mano, la misma que el viejo había besado, entonces, algo como una sonrisa empezó a esbozar en la boca de la anciana. El viejo se largó a reír.

—¡Mamá, cuántos años hacía que no te veía sonreír, es un milagro!—entonces miró al perro.—Gracias amiguito, sabía que sería una buena idea presentarte a mi pobre mamita.—Parecía realmente complacido, durante años había intentado hacer sonreír a aquella vieja.

La pérdida de sus otros dos hijos y su marido, que se había ido ya hacia más de veinte años, le había arrugado el corazón demasiado pronto, mucho antes que su piel, y se había empezado a marchitar en soledad. Solo aquel hijo le quedaba, que la venía a visitar cada semana, pero que consigo solo traía viejos recuerdos de lo que fue su casa una vez y ya no volverá. No quería culpar a su hijo menor de traerle aquellos recuerdos, pero la imagen de su difunto esposo vivía en su rostro, tan infantil y bondadoso, como lo es él ahora.

El viejo palmeó el lomo del perro, y dijo que ya era hora de marcharse. Le dejó a su madre una bolsa de dinero, y la despidió con un beso en la mejilla y un te quiero, que no salió de su boca, salía de su alma. A la viejita se le cayó una lágrima, que ni él, ni el perro, pudieron ver en la penumbra de la habitación.

—Bueno, ahora sí compañero, nos vamos a dar un festín, y no te preocupes si no traes dinero, que esta noche es a cuenta mía—dijo el viejo y se echó a reír.

Otra vez el dúo se perdió entre las callejuelas oscuras, en dirección a la claridad de la ciudad. Dejando en casa a la anciana, que por cosas de la vida, amanecería aquella mañana en la misma silla donde la dejaron, con

una sonrisa, que quedó marcada en su rostro, justo antes de soltar su último suspiro de vida.

Capítulo 3

La mañana aconteció cálida, no se divisaba ni una nube en el cielo. Los compinches, satisfechos por la juerga que había dado la noche anterior, yacían plácidamente a la sombra de un ombú, cerca del puente.

El viejo, con una botella de vino cortado a su lado, tocaba alegremente la armónica, mientras que el perro, tendido a su lado, lo escuchaba mansamente. De pronto, comenzaron a oír múltiples voces, que reían a carcajadas, llegaban por el camino de las vías y los árboles que rodeaban el zanjón no les permitían ver quienes eran.

Entonces un muchacho, de unos veinte años, se asomó caminando por los rieles del tren. Detrás de él apareció otro, y aún más atrás llegaron tres más.

El viejo reconoció un rostro familiar entre aquellos, tenía una sonrisa de tiburón que le parecía conocida, y los gruñidos que el perro empezó a soltar le refrescaron la memoria.

—Tranquilo muchacho.—intentó calmarlo el viejo, sin mucho resultado.

El grupo de amigos notó inmediatamente la presencia del aquel dúo bajo la sombra del ombú.

—Miren muchachos.—gritó el viejo conocido del desafortunado par.—¿Recuerdan el viejo y el perro de los que les hable?—decía en un tono malicioso mientras se dirigía a ellos.

Se paró frente al viejo, frotándose las manos con su sonrisa de tiburón.

—¿Qué quieren aquí?—le dijo el viejo, tambaleándose cuando se levantó.

—Es el destino viejito, quiere que seamos buenos amigos.—dijo.

El perro, mientras tanto, se adelantó junto al viejo, sin dejar de mostrar los dientes.

—¿A quién le gruñes, perro apestoso?—dijo el muchacho, amagando un golpe que hizo retroceder al animal, y que la tropa festejó con emoción.

—Déjalo, no te ha hecho nada, váyanse de aquí.—le dijo el viejo intentando poner un tono severo, pero que salió como un balbuceo cargado de angustia.

—No queremos problemas.

—Ah, pero los tienen.—contestó, y lo empujó un par de metros hacia atrás, el viejo cayó con facilidad.

El perro, incluso antes de que el viejo terminara de caer, se abalanzó sobre el joven y se aferró fuertemente con la mandíbula a su pierna. El joven largó un grito y algunos cuantos insultos.

La tropa de maleantes no se demoró en acudir al rescate del que parecía su líder, y rodearon todos al perro, propinándole una paliza a patadas.

El viejo estaba mareado, aturdido y no atinaba a levantarse. Cuando por fin se pudo poner en pie, se encaminó al grupo como pudo y gritó:

—Déjenlo, hijos de puta, lo van a matar.—gritó empujando a uno de los cómplices,

Este a su vez, le dio un fuerte golpe, directo a la mandíbula. El viejo sintió como le tiraban dos de los pocos dientes que aún conservaba. Voló hacia las vías, golpeándose fuertemente la columna y la sien, perdiendo momentáneamente el conocimiento. Todo el grupo reía y festejaba.

El perro salió arrastrándose del círculo mientras se distraían viendo al viejo.

—Eso te pasa por mendigo, sucio viejo.—dijo el de la sonrisa de tiburón a la vez que lo escupía.

—Bueno vámonos, la noche fue larga y quiero llegar a casa.—se dirigió al grupo tranquilamente y todos se marcharon triunfantes entre risas.

El viejo se quedó tendido entre las vías, viendo el claro azul del cielo, ni una nube había. Sintió que algo se arrastraba a su lado, volteo levemente la cabeza, su amigo venía a su encuentro.

—¿Cómo estás muchacho?—dijo, intentando sonreír entre la sangre que escapaba de su boca. Sintió las vías vibrar.

—Ven chico, dame un abrazo.

El perro se acurrucó junto al viejo, no podría decirse que su estado era mejor que el de su compañero.

Metió el hocico en el saco del viejo y cerró los ojos. El otro le acariciaba, sin saber cómo, la cabeza, y le dijo suavemente con las pocas fuerzas que

le quedaban:

—Aquí estamos muchacho, dos perros callejeros, esperando colarse en su último tren.